

V.

ANTONIO (*á las orillas del mar egipcio.*)

¡Qué impaciencia! En el vasto horizonte no se descubre el cortejo que debe acompañar á Cleópatra. ¡Amada mia! Lejos de tí la vida es imposible. He olvidado á Octavia, la hermana de Augusto, la madre de Marcelo, la más admirable matrona de Roma, por esta hija del desierto, cuyos ojos fascinan como la serpiente, cuyo aliento embriaga como el vino, cuyo amor abrasa como los vientos del Africa, y cuyo origen es celeste como los manantiales del misterioso Nilo. Por verla una hora antes he dejado en mi camino, á mis espaldas, muertos, ocho mil hombres sin apenarme, sin conmovirme siquiera. Más hubiera sentido la muerte de un caballo ó de un perro. Y llego, y no la encuentro. Me atormenta, me atenacea la impaciencia. Ardo en amor. Toda mi

vida es deseo de verla, de estrecharla en mi ardiente seno, contra mi corazon que se rompe en mil pedazos. Parece mi sangre plomo derretido. ¿Cómo no vienes cuando te llamo con tanto imperio? ¿Cómo no me oyes cuando mi voz debe llegar hasta las estrellas? ¿Cómo no te apiadas de mí, de este soldado reducido por tu amor á la triste condicion de un niño, cuando mis quejas partirian el pórfido de tu palacio? Distraigámonos en los banquetes.

LOS ESCLAVOS GRIEGOS.

Aquí tienes apercebidos los manjares y los vinos mejores del mundo.

ANTONIO.

Todo me parece insípido en su ausencia.

CORO DE DONCELLAS GRIEGAS.

Cantemos á Baco. Sobre los bosques de mirtos y de adelfas, bajo las argentadas gasas de la luna, vuelan, como legion de pintadas mariposas ó de zumbadoras abejas, los ecos de los crótalos y de

los cimbalos que forman suaves armonías en loor de la vida. El tirso cubierto de pámpanos, la corona entrelazada de yedra y de verbena, los leopardos tachonados como el horizonte, los racimos de ámbar, las ánforas con sus graciosas asas, el címbalo.

ANTONIO.

Callad, callad. Todo me cansa. Vuestros cantares, que tanto me exaltaban ayer, hoy me hastian como ese áureo vino de Falerno me parece ágrío, ni más ni ménos que si fuera vino de las Gálias; Esclava griega, cantora de Corinto, cuéntame algo de nuestros dioses que me consuele de la ausencia de mi diosa.

LA ESCLAVA.

Era el tiempo en que, retirados los mares de una gran parte de la tierra, el limo depositado en los hondos valles comenzaba á fecundarse á los rayos del sol, brotando varios séres, como en Egipto, al retirarse ese Nilo que desagua por siete bocas, brotan animales informes, de varios organismos, hijos del agua y del calor, que tie-

nen mucho del barro donde surgen y mucho de vida animada, anillos intermedios en los eslabones de la inmensa cadena de la vida. Allí, en la primitiva tierra, se levantó de la corrupcion universal la serpiente Pithon, persiguiendo y devorando á los demás animales, hasta que el Dios de la luz, el hermoso Apolo, acertó á herirla con sus flechas y la dejó exánime, derramando por tierra sangre y veneno. Con la victoria sobre la serpiente creció tanto el orgullo del dios que, habiéndose encontrado un dia á Cupido, burlóse de ver el grande arco en manos de tan menudo y lascivo niño, y le conjuró á dejar esas peligrosas armas y á entretenerse con más baladies y frágiles juguetes. Irritado Cupido, juró vengarse, y aguzó dos clases de flechas: unas que inspiran amor y otras que inspiran, por el contrario, ódio en la persona amada hácia la persona amante. Las flechas del amor fueron á dar al corazon de Apolo y las flechas del ódio al corazon de Dafne. Así es que Apolo ama á Dafne y Dafne ódia hasta el nombre de Apolo. Emula de la cazadora Diana, doncella y casta, celosa de su virginidad, gusta, como las frescas auras, de errar solitaria por los campos, y como la gallarda gacela de perderse en el fondo de los bosques. Los jóvenes,

al verla pasar, se sienten heridos por su hermosura y le ofrecen el corazón y la vida. Pero orgullosa ella, los desdeña, y prefiere su soledad á los nudos con que á los mortales el Dios Hymeneo esclaviza. Muchas veces su padre, el río Peneo, le habla de la tristeza de su vejez, de la soledad de sus grutas, y le dice que su Dafne le debe un yerno, y algunos nitezuelos. A estas palabras los ojos de Dafne se bajan púdicamente y el rubor se sube á sus mejillas, acrecentando su hermosura. «Padre mio, exclama la doncella, déjame conservar mi virginidad; Júpiter concedió esta gracia á Diana.» ¡Ay! cómo se oponia su belleza á sus deseos. El padre respeta los votos de Dafne; mas Apolo no puede respetarlos, porque no es libre en el exceso de su amor. Y en cuanto el Dios se presenta, huye la ninfa con la celeridad del viento. «Detente, hermosa, tan hermosa como ingrata, detente á mi voz que ha cautivado á las Musas. ¿Tanto te va en atormentarme? Soy joven, soy vencedor, soy fuerte y como amante rendido te busco. Cuida de no caerte en tu rápida carrera; cuida de no clavarte las estrías de las rocas ó las espinas de la zarza en el ampo de tus niveos piés. La oveja huye al lobo, la ternera al leon, y al ver el águila se esconde la

tímida paloma: todas se esquivan al odio y tú solo al amor. Sin duda no sabes de quién huyes; pueblos ilustres obedecen mis leyes; Júpiter es mi padre; mis labios revelan los misterios de lo pasado y los secretos de lo porvenir; el verso y el cántico es mi obra, la lira mi atributo, la luz mi alma, y conozco la ciencia de la medicina y la virtud oculta de las plantas. ¿Pero hay alguna por ventura que cure el amor? Mi arte á todos útil, solo es inútil para mí.» Y diciendo estas quejas, sigue, y sigue á la ninfa, y ve sus ojos brillantes como estrellas, su boca roja como el rosicler, sus blancas manos y sus desnudos brazos, adivinando estático las gracias que se ocultan pudorosas entre los pliegues de su túnica. Los cabellos de Dafne esparcidos sin arte, perfuman é iluminan los aires; y Apolo se consume de amor como las secas cañas abrasadas por voraz incendio. Mas á medida que su carrera crece ¡ah! crece tambien la rápida fuga de Dafne. No corre el perro galo tras la liebre, no corre aquel por su presa y ésta por su salvacion; no alarga aquel su cuello y abre su boca y muestra sus dientes y ésta se esquivo á las asechanzas y burla astuta la carrera de aquel, como Apolo corria tras de Dafne, y Dafne burlaba á Apolo, impul-

sado éste por el amor y aquella por el miedo. Sostenido en su raudo vuelo por su esperanza, el dios se acerca tanto, que su aliento orea el rostro y agita la cabellera de su amada. Exhausta de fuerzas, falta de aliento, próxima á rendirse ¡ah! se cree perdida la mísera fugitiva ninfa, y vuelve sus encendidos ojos á la mansa corriente del Peneo. « ¡Ah!, le dice, si es verdad que como rio participas del poder de los dioses, acórreme en mi desventura ¡oh padre! Y tú, tierra, que has visto el funesto encanto de mis gracias, ó ábrete y trágame, ó cambia esta hermosura que ha sido mi desgracia.» Apenas dijera estas palabras, su transformacion comienza instantáneamente; se detiene su carrera, se endurecen sus carnes; ligera corteza de ténue leña se prende á su turgente seno; sus brazos se alargan en forma de tronco, sus cabellos verdean en forma de ramas; sus piés, antes tan veloces, se arraigan en el suelo por medio de raíces, y donde ostentaba la esfera de su cabeza incomparable, abren sus corolas delicadísimas rojas flores. Apolo llega, abraza el arbusto, besa sus hojas y siente bajo su corteza palpitar aun el corazon de Dafne. «Ya que no puedes ser mi esposa, exclama, sé mi árbol favorito: que desde este momento tus ramas coro-

nen mis sienes, mi lira, mi carcaj. Tú serás el ornamento de los poetas de Grecia, cuando vayan á los juegos phíticos á cantar la victoria de los más diestros en manejar el caballo y guiar el carro; tú serás tambien el ornamento de los guerreros del Lacio, cuando vuelvan triunfantes al Capitolio; quiero que tus lustrosas ramas gozen de una eternal primavera.» Este es el origen del laurel salvaje, de la florida adelfa, que ama la sombra y huye al sol, que brota en las orillas de los rios, y es ornamento de las regiones donde nacen los héroes y los poetas.

ANTONIO.

Te oí encantado, sin respirar ni un momento. Mas ¿por qué referirme historias de desdenes y de sufrimientos de amor? ¡Oh! Si Cleópatra huiera de mí, como Dafne de Apolo, yo la mataría en su carrera, y me mataría despues; y ya que no pudiéramos dormir en el mismo lecho dormiríamos en el mismo sepulcro.

LAS ESCLAVAS.

Cleopatra no podría jamás esquivarse á tus caricias; ¡porque te ama tanto!

ANTONIO.

Me ama y no llega.

LAS ESCLAVAS.

No puede tardar. Confía y espera.

ANTONIO.

Todos esos manjares me disgustan.

LAS ESCLAVAS.

Confórtate.

ANTONIO.

No puedo. Ese vino me parece vinagre.

LAS ESCLAVAS.

Sosten tu ánimo.

ANTONIO.

No puedo comer.

LAS ESCLAVAS.

¿Dónde vas?

ANTONIO.

Voy á la ribera.

LAS ESCLAVAS.

¿A qué?

ANTONIO.

A ver si llega mi Cleópatra.

LAS ESCLAVAS.

Ya llegará pronto.

ANTONIO.

Le regalo esta copa de oro, en que han bebido los dioses, á quien me señale pronto la primera aparicion de mi amada en el horizonte (*se oye una suave música*).

LAS ESCLAVAS.

Se acerca la reina.

ANTONIO.

Me parece mentira. Gracias, dioses inmortales,
gracias.

VI.

ANTONIO.

Cleópatra.

CLEOPATRA.

Antonio.

ANTONIO.

Creí no volver á verte.

CLEOPATRA.

Antes cieguen tus ojos, tigre mio.

ANTONIO.

Dáme un beso.

CLEOPATRA.

Mil besos.

ANTONIO.

Yo pasara mi vida besándote.

CLEOPATRA.

Gloria mia, mi orgullo.

ANTONIO.

Deja que vuelva á contemplarte.

CLEOPATRA.

Antonio, Antonio mio.

ANTONIO.

¡Cuántos besos necesitaría, no ya para satisfacer, porque eso es imposible, para calmar mi avidez! Antes se contarán las arenas de los desiertos de Libia y las estrellas de los cielos de Egipto.

CLEOPATRA.

Vivamos, vivamos para amarnos, y no temblamos ni ante la vejez ni ante la muerte. Que nuestros ojos brillen como el sol encendidos por el fuego de éste amor. Que nuestra vida sea una embriaguez continua. Hagamos de la tierra el lecho de nuestros placeres. Guerra eterna al dolor.

ANTONIO.

Si no te amo con amor voracísimo hasta el postrar suspiro, que me olviden los manes de César, que renazca y me insulte la lengua de Ciceron, que me gane en poder el torpe y debilísimo Octavio, que me abandonen mis tenientes, y me venzan los parthos.

CLEOPATRA.

Cantad, jóvenes cantoras, un epitalamio, porque al ver á mi Antonio, creo encontrarme en el día primero de las nupcias y de los amores: tan grande es nuestra pasión, y tan varios y siempre nuevos nuestros goces.

CORO DE DONCELLAS.

Hijo de la luminosa Urania, habitante eterno

de la risueña colina de Helicon; el de las guirnaldas de mejorana, el de los áureos borceguies; oh Dios del Himeneo, inmortal cantor de las nupcias y de los amores, que llevas en tu mano la resinosa antorcha, y brillas y hueles como el florido oloroso mirto en las sacras riberas del Asia; baja de tu roca de Thespia, deja tu gruta aonia, aparta tus labios de la aganipea linfa y ven, presidido por la Venus púdica, rodeado de hermosísimas y jóvenes mancebas; ven de promontorio en promontorio, al conjuro de nuestros acentos, á unir estos dos esposos tan estrechamente como se unen la tierna parra y el erguido olmo, la fresca yedra y el robusto roble. Entra con buen pié en su palacio, trae en las manos tu velo, é incita al amador á que se incline sobre el lecho de marfil y púrpura, cayendo su mirada en el seno de la esposa como los rayos del sol en la tierra aterida, ó como las gotas de rocío en la flor sedienta. Sea más fácil contar los corales del mar de Erytrea que sus besos. Y de tantas delicias surjan graciosos pequeñuelos, reproduciendo la hermosura de la madre unida á la fuerza del padre, para que tiendan desde el materno seno de la diosa los brazos al héroe que les ha dado la vida, y sean ornamento del suelo, envidia de las

estrellas, sosten de Roma, y de Egipto gloria.

ANTONIO.

Dejadnos solos. El amor gusta de la soledad, como la fiera del desierto. Repartíos esas copas de oro cinceladas en Grecia; esas perlas escupidas por el mar de la India, en celebridad de mi amor y mi ventura.

VII.

NIGER.

Gréculo.

EL GRECULO.

Mensajero.

NIGER.

Necesito ver á Antonio.

EL GRECULO.

Duerme todavía en brazos de Cleópatra.

NIGER.

El soldado de los soldados se ha vuelto un ri-

dículo mancebo. Era de hierro y lo han hecho de pasta. El día ménos pensado pasa de general á prostituta.

EL GRECULO.

Si te oye, no doy un as por tu cabeza.

NIGER.

El sol sube ya en el horizonte.

EL GRECULO.

Y el sueño quizá baje ahora sobre sus párpados.

NIGER.

¿No están hartos el uno del otro?

EL GRECULO.

¡Hartos! Ayer tarde, al crepúsculo, cuando la estrella vésper aparecía como si surgiera de los senos del mar, mandaron que les cantasen poéti-

cos epitalamios, cual á castos novios, y se recluyeron y se acóstaron temprano, diciendo que tenían aquella noche por la noche primera de sus bodas.

NIGER.

No me hagas reir, porque de rabia me estalla el pecho. No le conozco. Ese hombre no es aquel que venció en Syria y que conquistó el Egipto. Su frugalidad espartana se ha convertido en bárbara glotonería; y la espada de Filipos en rueca donde hila sus vertiduras la infame reina de Egipto. ¿Y ese es el descendiente de Hércules? Más bien parece el siervo impuro de escandalosa mancebía. Sus manos que tuvieron bastante fuerza para levantar la corona de los antiguos reyes y ceñirla á las sienes de César, apenas podrán sostener ahora, enflaquecidas por el placer, las trenzas de Cleopatra. El que yo vi en la Galia cisalpina, durmiendo sobre el duro suelo, sin más amor que el amor á Roma, alimentado por racimos de uva, y apagando su sed, no en agua clara, sino en agua cenagosa, ahora se viste de seda y oro, se ciñe corona de sésamo y de mejorana, se tiende en cogines de púrpura, y pasa

sus días en fiestas orgiáticas, y sus noches en placeres inmundos.

EL GRECULO.

Parece que llama.

NIGER.

Y si no llama, le despertaré yo.

EL GRECULO.

Guárdente de ello los dioses.

NIGER.

¿Por qué?

EL GRECULO.

Porque te mataria.